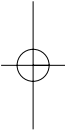
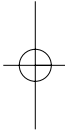


1



Los padres no se acuestan con sus hijas. Es pecado mortal, lo sabe todo el mundo. Pero las hijas, algunas, se enamoran de sus padres. Incluso aunque no se den cuenta de ello. Ya lo decía Freud.



Eso es lo que debía de pensar Sara Robles cuando empezó su relación con D.B. No podía precisar el momento exacto en que aquella amistad se convirtió en algo más, porque desde el principio fue algo más. Ella lo sabía, y eso que no sentía una especial atracción física hacia él. Pero el primer día que quedaron para comer, él le confesó, “Sólo quiero que alguien me quiera”. Y entonces Sara lo supo. O quizá tuvo esa intuición femenina que le hizo comprender que, si no le quería ya, al menos llegaría a hacerlo. A pesar de que él le sacara más de treinta años.

Se dice pronto. Escribe: a pesar de que él le sacara más de treinta años, como si fuera una frase más. Pero no es una frase cualquiera. Significa que

cuando él tenía su primer hijo, ella todavía no había nacido; significa también que cuando caminaban de la mano por la calle, nadie les miraba porque daban por hecho que eran padre e hija. Pero sobre todo, lo que verdaderamente significaba es que aquélla era una relación sin futuro. Porque no les quedaba tiempo.

Estaba claro que Sara buscaba un padre. Puede que no se diera cuenta hasta que lo encontró; pero lo necesitaba. Un padre que la quisiera y la cuidara, un padre a quien admirar y con quien sentirse protegida. Lo que no sabía es que acabaría enamorándose de él.

Escojamos una fecha, a mitad de su historia. Por ejemplo, el 30 de mayo. Sara escribe en su diario:

Estoy en clase tomando apuntes. Él lleva traje y corbata y ojos brillantes. Habla elocuentemente, pero hoy estoy distraída. Le observo moverse en el espacio. Tiene unos movimientos lentos, pausados, de alguien seguro de sí mismo. Avanza hacia la pizarra para anotar algo, despacio. Luego se vuelve y me mira un instante. Fija la vista alternativamente en cada uno de los alumnos, nunca habla en el vacío. Pero cuando posa sus ojos en mis ojos, me ruborizo. Me parece imposible que nadie se dé cuenta. Imposible que nadie note que él me quiere y yo le quiero. Sostengo su mirada. Luego bajo los ojos. Soy su alumna predilecta y ni siquiera soy alumna. Pero es algo más que eso. No puedo concentrarme. Ese hombre que está ahí de pie, ese hombre que habla para el auditorio, ése al que todos respetan y escuchan con atención, ayer, y anteayer, y antes de anteayer, hablaba sólo para

mí. Ese hombre que ahora viste traje y proyecta la voz, ayer me susurraba al oído que me quería mientras acariciaba mis brazos y mi cuello y mi pelo. Pero eso no es lo que me desconcentra hoy. Es una de las frases que me dijo. Podría haberme parecido vulgar, pero dicha de sus labios y pronunciada con su entonación tan sincera y natural, tuvo la virtud de entermecerme.

Vuelvo a mirarle. Se pasea con los brazos echados hacia atrás, sujetándose ambas manos sobre la espalda. De pronto se detiene y abre la boca. Va a hablar. “Quiero follarte”, me susurra. Quiero fo-llar-te. Pero eso me lo dijo ayer cuando estábamos tumbados en la cama. Ahora debe de estar explicando algo muy interesante, pero mientras mueve los labios yo sólo escucho esa frase. “Quiero follarte. Quiero follarte. Quiero follarte”.

No me lo dice un chico cualquiera que haya conocido casualmente en un bar. No me lo dice un pervertido que va junto a mí en el metro, ni un compañero de trabajo de esos que tanto detesto. Lo escucho de este hombre que ahora concentra sobre sí todas las miradas. Este hombre que me quiere, y que me quiere de verdad. Suena bien, y eso es lo que me admira. Él sabe llamar a las cosas por su nombre. No tiene miedo a las palabras, no tiene remilgos, y eso me gusta. Yo no sería capaz de pronunciar algo de ese tipo. Podría susurrar, por ejemplo, “te deseo”, y aún así me costaría. Pero ahora estamos en clase y los minutos corren y yo no puedo dejar de ver sus labios diciéndome “quiero follarte”. Y cada vez que lo pienso noto mariposas en el estómago. “Dentro de una semana, diez días, estaré desintoxicado de las pastillas”, me asegura. “Por favor, espérame”. Asiento en silencio.

¿Por qué me pide que le espere? ¿Qué quiere decir? No me atrevo a preguntarle. ¿Que aguante, que no me acueste con nadie entre tanto? ¿Que no me acueste con Iván? Esto de tener tan fácil la posibilidad de acostarme con otros, esto de ser deseada y tener hombres detrás de mí, hace que me sienta un poco como una heroína. Como si pasara por encima de la tentación constantemente, y siempre saliera airosa. Es curioso, las vueltas que da la vida. Ahora que encuentro un hombre que me dice que soy libre, yo sólo quiero estar con él. ¿Será eso el amor?

“¿A que te gusta que te acaricie a ti y solamente a ti y no acaricie ni bese a nadie más?” me preguntaba ayer. Sabe que yo creía que podía amar a mucha gente, pero también que me estoy transformando. Es él quien me transforma, o mejor dicho, es el amor el que lo hace. Me cuesta reconocerlo. Admitir que no quiero que toque a otra mujer. “Y a mí también me gusta que tú me acaricies a mí y sólo a mí”, afirma. Me mira a los ojos y me dice estas cosas mientras acaricia mis mejillas. Yo le miro con los ojos muy abiertos, casi vírgenes. Le miro con ojos de niña porque es así como me siento. En ese momento creo en el amor como sólo una niña puede hacerlo. “Quiero que seas mía, pero me da miedo porque no quiero tener celos”, confiesa. “Soy tuya”, contesto. “Y yo soy tuyo”. Nos besamos. Es tan dulce que me derrito, y derretirse es lo mismo que excitarse. Ronroneo, gimo como una gata en celo, me retuerzo de deseo porque sé que no podemos hacerlo. Todavía no. Pero mis ronroneos le excitan. “No me hagas eso”, dice. Su tono de voz ha cambiado. “No me hagas eso”, vuelve a decir mientras me muerde el cuello y los labios y se convierte en un

hombre de treinta años, “No me hagas eso”. Me arranca la ropa y me posee.

Pero no lo hace. Es entonces cuando él se desespera y se desata y me dice la frase que me tiene desconcertada todo el día. En ese preciso instante quiere follarme, y dice “Quiero follarte”. Que él, tan sensible y delicado, tan respetuoso, sea capaz de pronunciar algo así, capaz de saber que yo sé recibirlo tal y como él lo siente, es decir, que no voy a sentirme ofendida; que él lo repita y lo vuelva a repetir me descoloca y me excita al mismo tiempo. Y esa frase se queda flotando en la habitación, como el aullido desesperado de un lobo que desea la luna.